

ALTERIDAD Y ANOMALÍA. HOMBRES EXTRAÑOS EN LA LITERATURA FRANCESA MEDIEVAL

Esperanza Bermejo Larrea
Universidad de zaragoza

RESUMEN

El «otro» en la literatura medieval se perfila como el extranjero habitante de lugares alejados del centro establecido en torno a la ecúmene. Su fisonomía y costumbres chocan con la norma propia de Occidente, de manera que resultan, además, extraños. Los pueblos monstruosos se localizan en Asia y particularmente en la India. Constituyen un capítulo obligado de las descripciones del mundo propias de las enciclopedias de origen clerical, de donde se difunden a los textos romances. Los relatos de viajes completan y renuevan la perspectiva anterior, introduciendo, además de las consabidas listas tradicionales, curiosos testimonios de experiencias personales. El *Roman de Alexandre* de Alexandre de París, *Le Devisement du Monde* de Marco Polo y *Le Livre* de Jean de Mandeville deparan una visión diferente de la alteridad.

PALABRAS CLAVE: literatura medieval, viajes, monstruos, maravillas.

ABSTRACT

The figure of «the other» in Medieval Literature is presented as the inhabitant from far away lands, out of the centre established around the Ecumene. Its physiognomy and habits clash with the Occidental ones what makes it be considered even strange. The monstrous populations are located in Asia and particularly in India. They constitute a compulsory chapter in clerical encyclopaedias describing the world, from which they are propagated to romance texts. Travellers' stories complete and renew the previous perspective, introducing, apart from the traditional lists of features, peculiar testimonies of their personal experiences. The *Roman de Alexandre* by Alexandre de Paris, *Le Devisement du Monde* by Marco Polo and *Le Livre* by Jean de Mandeville provide for a different vision of the «alter».

KEY WORDS: medieval literature, voyages, monsters, marvels.

1. A PROPÓSITO DEL TÉRMINO *ESTRANGE* EN LOS TEXTOS MEDIEVALES

El tema de la alteridad en la literatura medieval recubre amplios contornos que hacen difícil su delimitación. Sarracenos, hadas, enanos, hombres salvajes o Amazonas habitan en los cantares de gesta y en las novelas medievales confiriendo a



los mismos un carácter más o menos fantástico. El «otro» se plasma tanto en la figura del infiel estigmatizado y combatido por el caballero cristiano, como en la del temido licántropo de los *lais* de Marie de France; tanto uno como otro exhiben diferencias de índole religioso-cultural o morfológicas que sirven para resaltar la identidad del hombre medieval. El amigo o compañero épico encarna otra modalidad de la alteridad positiva, en la que la diferencia sirve de complemento y ayuda al sujeto. Así pues, el imaginario medieval diversifica las imágenes del «otro» al amparo de fantasías y leyendas que se hunden en fondos antiguos y orientales.

La alteridad, afirma Dubost¹, está integrada por tres componentes esenciales: el *componente antropológico* con las representaciones del *Autre*; el *componente espacial* con las imágenes del *Ailleurs*, y el *componente temporal* con los resurgimientos del *Autrefois*. Estos tres elementos se funden en los textos, de manera que abordar el tema del «otro» implica indefectiblemente indagar en el lugar en donde habita. El hombre medieval organiza el espacio a partir de categorías referenciales que oponen el *ici* y el *ailleurs*, por un lado, y el *dedans* y el *dehors*, por otro². El *aquí* en el que se sitúa el hablante se conjuga con el *dentro* para configurar una zona de seguridad, por cuanto conocida, al abrigo de los riesgos y peligros que amenazan en el ignoto *fuera* y *otro lugar*. Y es precisamente en ese espacio exterior donde habita el extranjero, que el francés antiguo designa con el vocablo *estränge*. En principio, y derivado de su significación etimológica, el extranjero se localiza más allá de las fronteras de lo cotidiano, bien sea aldea, país o civilización; por lo tanto, este adjetivo se aplica tanto a los seres salvajes (*estranges*) que habitan en el bosque, al margen del mundo civilizado, como a los pobladores de países lejanos, situados en los confines del universo conocido. La confrontación con estos individuos, con sus creencias, costumbres o simplemente con su aspecto físico no deja de sorprender al hombre medieval, suscitando en él sentimientos contradictorios de asombro, de admiración y de temor. Es así como desde el siglo XII (Bloch y Wartburg y Godeffroy) el significado del adjetivo *estränge* toma la acepción de extraño, raro, maravilloso, que se conserva en nuestros días. Definitivamente el «otro» hombre medieval es un extranjero extraño³, cuya singularidad aviva la curiosidad y la sed de maravilla del hombre medieval⁴.

¹ F. DUBOST, *Aspects fantastiques de la littérature narrative médiévale (XII^e-XIII^e)*. *L'Autre, l'Ailleurs, l'Autrefois*, París, Honoré Champion, 1991, 2 vol., p. 222.

² P. ZUMTHOR, *La Mesure du monde*, París, Seuil, 1993, pp. 58-62.

³ *Ibid.* p. 259, F. DUBOST, *op. cit.* p. 72; C. DELUZ, «Des lointains merveilleux (D'après quelques textes géographiques et récits de voyage du Moyen Âge)», en *De l'Étranger à l'étrange ou la conjointure de la merveille*, Publications du CUER MA, Senefiance núm. 25 (1988), pp. 159-169, p. 161 y p. 165.

⁴ En antiguo alto-alemán «monstruo» (*ungeheuer*) significa «extranjero», «extraño», tal como recuerda C. LECOUTEUX, *Les monstres dans la pensée médiévale européenne*, París, Presses de l'Université de Paris-Sorbonne, 1999 (3^a ed. revisada y corregida), p. 11.

La alteridad antropológica inicial se perfila gracias a la categoría de lo extraño —o, lo que es lo mismo, lo *anormal*—, en las representaciones de los hombres monstruosos, cuya realidad infunde temor pero también depara tranquilidad, por cuanto confirma a través de ese *otro* la normalidad⁵.

2. SOBRE EL CONCEPTO DE MONSTRUO. DE LA ANTIGÜEDAD CLÁSICA A LA EDAD MEDIA

El concepto de monstruo responde, según Claude Kappler, a tres perspectivas diferentes: *genética*, que se interesa por las causas, encarnada por Aristóteles y por Ambroise Paré; *teológica* y *estética* en consideración con la armonía del universo, representada por San Agustín, y finalmente *normativa*, en relación con modelos de los que los monstruos se alejan en cuanto malas reproducciones. Este es el punto de vista de la Edad Media, que no excluye el de san Agustín y que, aunque alejado, guarda relación con el de Aristóteles, para quien el monstruo es un fenómeno que va en contra de la generalidad de los casos, pero no en contra de la naturaleza considerada en su totalidad⁶.

San Agustín (354-430) tuvo un papel decisivo en la formación del pensamiento medieval sobre los monstruos. Recoge los escritos de Varrón (116-27 a.C.), para el que son monstruos los que nacen en contra de la naturaleza. Varrón utiliza tres vocablos para designarlos: *monstrum*, *portentum* y *prodigium*, que el obispo de Hipona glosa del modo siguiente. Los monstruos muestran (*monstra* < *monstrare*), presagian (*portenta* < *prae-ostendere*) y anuncian lo que va a ocurrir (*prodigia* < *Porodiceré*) (*Ciudad de Dios*, libro XVI, cp. 8)⁷. Así pues, los monstruos revelan lo que le podría suceder al cuerpo humano. Fue, además, el primero en reflexionar sobre su naturaleza humana. Si existen, son hijos de Adán, y por lo tanto son hombres. En este caso ¿qué papel desempeñan en el orden de la creación, puesto que lo que Dios ha creado sólo puede ser hermoso? El monstruo no es un error de la naturaleza, sino una ilustración sobre las consecuencias extremas del principio de la variedad, que es un principio de armonía⁸.

San Isidoro de Sevilla (570-636), en el capítulo *De portentis* de sus *Etimologías* (III, 1-4), ofrece la primera definición medieval a partir de la de Varrón, a quien

⁵ B. ROY, «En marge du monde connu: les races de monstres», en *Aspects de la marginalité au Moyen Âge*, bajo la dirección de Guy-H. Allard, Montreal, L'Aurore, 1975, pp. 71-81, p. 79. L. BOIA distingue dos tipos de alteridad: la alteridad ordinaria y la alteridad radical. La ordinaria pone de relieve multitud de rasgos biológicos o culturales inscritos indiscutiblemente dentro de la raza humana. La radical supone la existencia de especies humanas distintas de la especie humana normal. *Entre l'ange et la bête. Le mythe de l'homme différent de l'Antiquité à nos jours*, París, Plon, 1995, p. 14.

⁶ C. KAPPLER, *Monstres, Démones et Merveilles à la fin du Moyen Âge*, París, Payot, 1980, p. 207.

⁷ C. LECOUTEUX, *op. cit.*, p. 9, y B. ROY, *op. cit.*, p. 75.

⁸ F. DUBOST, *op. cit.*, p. 574 y nota 9; P. ZUMTHOR, *op. cit.*, p. 26, y C. LECOUTEUX, *op. cit.*, p. 3.



corrige. Los monstruos no nacen en contra de la naturaleza, sino por voluntad divina, y voluntad del Creador es la naturaleza de todo lo creado. De ahí que los gentiles denominen a Dios unas veces Naturaleza, otra simplemente Dios⁹. Establece una clasificación en cuatro grandes familias: monstruos individuales, razas monstruosas, monstruos ficticios y hombres-bestias o bestias-hombres (*Etimologías*, III-IV). Dentro de los dos primeros grupos introduce criterios para ordenar las posibles deformidades: hipertrofia o reducción de la talla, miembros superfluos, que faltan o están modificados, desplazamientos o desequilibrios en las partes, metamorfosis, en un total de 14 categorías¹⁰. Su obra, síntesis del saber antiguo, es la primera enciclopedia cristiana medieval, y como tal se erige en fuente inagotable de la que se nutren numerosos autores posteriores, desde Rábano Mauro (780-856) (*De universo*) hasta los enciclopedistas de los siglos XII y XIII.

3. LA TRADICIÓN CLÁSICA. DE LOS COMPENDIOS TERATOLÓGICOS ANTIGUOS A LAS «IMÁGENES DEL MUNDO» MEDIEVALES

Los monstruos, como ha quedado dicho más arriba, viven en otro lugar, en tierras remotas, a cuyo conocimiento se accede, en la mayor parte de los casos, a través de leyendas y tradiciones escritas legadas por los escritores antiguos y heredadas por los autores medievales. Desde el final de la Antigüedad se interrumpieron los contactos con Asia, y no se reanudaron hasta mediados del siglo XIII, como consecuencia de la rápida expansión de los Mongoles, bajo el mando de Gengis Kan, por Asia y parte de Europa. Por lo tanto, este continente fue para el hombre medieval un territorio enigmático, proclive al despliegue imaginario.

El punto de partida lo constituye Ctesias de Cnido en el siglo IV a.C., médico en la corte del rey de Persia Artajerjes II Mnemón¹¹, con su obra *Indika*, en la que aparecen por primera vez los hombres *polidáctilos* con más dedos que los normales, los *pandarae* que nacen con el pelo blanco, que luego ennegrece, los *panodios* con orejas enormes, etc. Megástenes, embajador del rey Ptolomeo II ante el rey de la

⁹ San Isidoro de Sevilla, *Etimologías*, texto latino y versión española por José Oroz Reta y Manuel A. Marcos Casquero, Madrid, BAC, 1983.

¹⁰ Tamaño extraordinario (Titón); pequeñez extrema (*pigmeos*); enormidad de algunos de sus miembros (*macrocéfalos*); miembros superfluos (dos cabezas); defecto de alguno de sus miembros que rompe la simetría; privación de un miembro; un miembro aislado (sólo la cabeza, *praenumeria*); metamorfosis parcial (Minotauro); metamorfosis total (la mujer que dio a luz un ternero); mutación de lugar (los ojos en el pecho); desequilibrio en las partes (muchos dedos en una mano, pocos en otra); desarrollo prematuro y excesivo (los que nacen con dientes); conjunción de distintas anomalías; mezcla de sexos (*bermafrodita*).

¹¹ Homero habla ya de los *pigmeos*; Hesíodo de los *hombres macrocéfalos*; Herodoto de Halicarnaso (429 a.C.), que disponía de numerosas relaciones de viajes y de geografías, reseña la existencia de los *egípodos*, u hombres con pie de cabra.

India entre el 300 y el 290 a.C., completa poco después su descripción de la India. Sus escritos repertorian las maravillas de este país, incluyendo las razas monstruosas de los *astomi*, hombres carentes de boca, los *arrini*, faltos de nariz, o los *okupodos*, de pie ligero.

Plinio el Viejo (77 d.C.) realizó una gran labor compiladora de las informaciones antiguas en su *Historia naturalis*, sancionando con su autoridad las fábulas que hacían de la India una fuente inagotable de maravillas. Sin embargo, fue Solino (siglo III) con su adaptación de la obra de Plinio, *Collectanea rerum memorabilium*, el que fijó definitivamente el rumbo que el conocimiento de los monstruos y de la India iba a tomar en la Edad Media.

La expedición de Alejandro Magno (356-323 a.C.) hasta el valle del Indo contra Poro, rey de la India, contribuyó de manera decisiva a forjar el mito occidental sobre las maravillas de ese país, a través de las numerosas leyendas nacidas en torno a la imagen del conquistador, que se convirtió en explorador de espacios asombrosos, donde acaecían encuentros extraños, como el del Himalaya con los hombres cuyo pie está vuelto del revés —*opistodáctilos* para los Griegos y *antípodos* para los latinos—, o el de los *ictiófagos* —comedores de pescado— en el Golfo Pérsico. En el siglo IX un autor desconocido escribe la *Epistola Alexandri ad Aristotelem de itinere suo et de situ Indiae*¹², que fue, junto con la *Carta al emperador Adriano sobre las maravillas de la India*, atribuida a un tal Fermes en el siglo IV¹³, fuente inagotable de inspiración sobre monstruos y prodigios para los autores posteriores.

La leyenda sobre el mítico Preste Juan se fraga en Europa entre 1145 y 1165. Arranca de la llegada a Roma en 1122 de un hombre que afirmaba ser el patriarca Juan de la India, buscando la confirmación papal para su cargo. El relato que hizo ante el Papa, recogido en once manuscritos, refiere los aspectos más destacados de su país, así como la existencia de una importante comunidad cristiana, vinculada a la misión de Santo Tomás en la India. En 1145 el obispo Otón de Freisinga, a resultas de una visita de su homónimo sirio de Gebal, reseña que Juan, rey y sacerdote, cristiano nestoriano descendiente del linaje de los Magos, que reinaba más allá de Persia y Armenia, en los confines de la India, había derrotado a los medos y persas en una batalla, habiéndose visto obligado a detenerse por los ríos helados antes de llegar a Jerusalén, a la que se disponía a salvar. Era tal su riqueza, que su cetro era de esmeraldas. A partir de estas historias y hacia 1177, un escritor anónimo compuso la *Carta del Preste Juan*, dirigida al emperador Manuel Comneno. Esta carta, recogida en más de ciento veinte manuscritos copiados en muchas lenguas —la versión romance más antigua compuesta en anglo-normando por un tal

¹² A partir de un pasaje de la *Novela de Alejandro* del Pseudo-Calístenes, autor alejandrino del siglo III, sobre las maravillas de la India, que fue copiado aparte y circuló de forma autónoma o asociado a un resumen de las aventuras de Alejandro, siempre a partir de la traducción latina realizada en torno al año 300 por Julio Valerio.

¹³ F. DUBOST, *op. cit.*, p. 260 y notas 11 y 12.

Raúl de Arundel fue fechada en torno a 1190 aproximadamente—, gozó de un gran éxito en la Edad Media. La carta que presenta el país del Preste Juan como la tierra de Jauja sufrió añadidos e incorporaciones del material legendario sobre razas o animales fantásticos, como las hormigas gigantes buscadoras de oro, o sobre monstruos de nombres sonoros¹⁴.

Leyendas como las anteriormente citadas, amparadas en algunos fundamentos geográficos hicieron de Asia, especialmente de la India y, en menor medida, de África, los continentes privilegiados en los que se ubicaban las fantasías sobre razas monstruosas y lugares prodigiosos. De hecho el mapamundi de Ebstorf (1235) incorpora monstruos tanto en África como en Asia.

La tierra, de forma esférica desde Ptolomeo, está dividida en cinco grandes zonas climáticas¹⁵, factor que desde Aristóteles determina la vida humana. En consecuencia, las zonas ártica y antártica son inhabitables a causa del frío. Otro tanto sucede con la zona tórrida en torno al Ecuador a causa del calor extremado, por lo que opera de barrera insalvable entre las dos zonas templadas. La zona templada del hemisferio norte o *ecúmene* constituye el centro del mundo conocido, y es en ella donde se forjan las leyes de representación, las categorías estéticas. El hemisferio sur, inaccesible a causa del cinturón tórrido que lo separa, y del océano que rodea las tres partes del mundo, constituye el *alter orbis*, en el que todo sucede al revés

¹⁴ Sobre los problemas históricos que plantea la identidad del Preste Juan y su localización en Asia o Etiopía, puede leerse el libro de J. PIRENNE, *La légende du «Prêtre Jean»*, Estrasburgo, Presses Universitaires, 1992, y Ch.V. LANGLOIS, *La vie en France au Moyen Âge*, III, *La connaissance de la nature et du monde*, Ginebra, Slatkine Reprints, 1970 (ed. París 1927), pp. 45-71. Una buena síntesis bibliográfica sobre las fuentes de la leyenda se encuentra en J. LE GOFF, «Pour un autre Moyen Âge», en *Temps, travail et culture en Occident: 18 essais*, París, Gallimard, 1977, nota 27. *El Libro del Conocimiento*, compuesto hacia 1390, ubica al Preste Juan en Etiopía, ofreciendo una salida a la infructuosa búsqueda que viajeros y misioneros habían realizado por las tierras de Asia. Edición facsimilar de M^a. Jesús Lacarra, M^a. del Carmen Lacarra y Alberto Montaner. Zaragoza, Institución «Fernando el Católico», 1999, pp. 90-91. La edición de los manuscritos copiados en antiguo francés y occitano de la Carta realizada por M. Gosman revisa la reconstrucción del texto original latino establecida por Zarncke en 1879, en la que distingue 5 interpolaciones, y ofrece, a la vez, un estudio comparativo de las diferentes versiones romances escritas tanto en verso como en prosa. *La Lettre du Prêtre Jean. Les versions en ancien français et en ancien occitan. Textes et commentaires*, Groninga, Bouma's Boekhuis bv, 1982. La Carta presenta la siguiente relación de razas monstruosas: los *pigmeos*, los *salvajes cornudos*, los *gigantes*, los *ciclopes*, los niños criados en el agua para asegurar su permanencia en este medio durante un mes y así poder coger las piedras preciosas que constituyen el lecho del río, las *amazonas* y finalmente los *brahmanes*—vasallos del Preste Juan—. La lista no es estable y varía según las versiones, creciendo con el añadido de otros pueblos como las *mujeres barbudas*, los *antropófagos*, o Gog y Magog, o decreciendo al reducir la extensión de la misma.

¹⁵ Esta idea sobre las cinco zonas climáticas, en relación con el movimiento del sol fue transmitida a Occidente por Cicerón y por el *Comentario del sueño de Escipión* de Macrobio. Véase D. LECOCQ, «L'image de la terre à travers les mappemondes», en *Terres médiévales*, sous la direction de Bernard Ribémont, París, Klincksieck, 1993, pp. 203-231, p. 207. También C.S. LEWIS, *La imagen del mundo*, Barcelona, Bosch, 1980, pp. 21-22.

porque es la parte inferior de la tierra. Allí viven los antípodos¹⁶, literalmente los que colocan los pies en la dirección opuesta, sobre los que San Alberto Magno se pregunta cómo se sujetan al globo, puesto que andan sobre el envés de la tierra, con la cabeza hacia abajo. Lo que llega a explicar a partir de un poder magnético¹⁷. San Agustín lo cree inhabitado, apoyando su afirmación en el siguiente argumento: como la Palabra de Dios fue predicada en todo el universo, y la zona media es infranqueable, no es posible que el hemisferio sur esté habitado, pues sería una injusticia que sus habitantes no hubieran recibido la palabra divina (*La ciudad de Dios*, XVI, cap. IX).

La *ecúmene* está dividida en tres grandes continentes de extensión desigual: Asia ocupa la mitad del orbe, África y Europa, separadas por el Mediterráneo, se distribuyen la otra mitad¹⁸. El océano circunda todas las tierras y el mundo se representa como un disco plano. Asia comenzaba, como para los griegos, justo al este del Nilo, abarcando, por lo tanto, una parte de África, y llegaba hasta la China, englobando el océano Índico. En el mapa de Al-Idrisi de 1160, el célebre erudito norteafricano separa el África oriental de la China por un mar estrecho. De manera que todo lo que se sitúa entre el Nilo y la China se consideraba parte de la India¹⁹. Se concebían tres Indias: la India Mayor, la que hoy designamos así y que fue cristianizada por el apóstol Tomás, la India Menor, que se extiende por el norte de la costa de Coromandel, y comprende las penínsulas del sudeste asiático, y una India Meridional que abarca la Etiopía, por lo tanto las regiones de África situadas al sur del Nilo, y las zonas costeras del sudoeste asiático.

Convergen en Asia, además de las tradiciones clásicas citadas más arriba, las creencias cristianas, de inspiración bíblica, que sitúan el Edén o Paraíso Terrestre en esa región del mundo. Su localización interesó enormemente a los autores cristianos, que, siguiendo la tradición, lo sitúan sobre una montaña o lugar elevado por su significación sagrada. Para unos, está en algún lugar del Asia central, en los límites de la tierra del Preste Juan, mientras que otros lo colocan en el extremo oriental de

¹⁶ A partir del siglo XII tiene lugar un gran debate sobre la habitabilidad de la tierra, y sobre la existencia o no de los antípodos. Cf. C. DELUZ, «Une terre ronde et habitable tout entour», en *Terres médiévales*, cit., pp. 101-118, p. 111 y ss.

¹⁷ C. KAPPLER, *op. cit.*, p. 2.

¹⁸ El pensamiento cristiano no se interesó tanto por la descripción física del mundo como por la consideración simbólico-religiosa de su aspecto o de sus habitantes. La existencia de los tres continentes tenía que ver con la distribución del mundo entre los tres hijos de Noé: Sem, Cam y Jafet. Evolucionó hacia la creencia en la superioridad de los descendientes de Jafet, es decir, de los europeos, frente a los africanos de Cam, hecho que queda recogido en las miniaturas que acompañan a los comentarios del *Apocalipsis* del *Beato de Liébana* a finales del siglo VIII. M.Á. LADERO QUESADA, *El mundo de los viajeros medievales*, Madrid, Anaya, 1992, p. 70.

¹⁹ J. PIRENNE, *op. cit.*, p. 7. C. BERCOVICI establece varias parejas antitéticas que resumen la significación de la India para el imaginario medieval: riqueza/pobreza, pureza/pecado, profano/sagrado. «Prolégomènes à l'étude de l'Inde au XIII^e siècle», *Voyage, Quête, Pèlerinage dans la littérature et la civilisation médiévales*, Publications du CUER MA, Seneffiance núm. 2 (1976), pp. 223-236.



Asia, donde se unen los confines de la tierra y del cielo²⁰. Finalmente, los menos lo situaban cerca del Polo Norte, apoyándose en la tradición derivada de Solino, que consideraba a los hombres nórdicos o *hiperbóreos* los más felices y longevos.

El temido y feroz pueblo de Gog y Magog, identificado con las diez tribus de Israel castigadas por adorar al becerro de oro, motivo difundido a través de la *Novela de Alejandro*, se localiza al nordeste del Cáucaso, encerrado por Alejandro tras las puertas Caspias. El *Apocalipsis* lo identifica con dos naciones malditas que, después de mil años, seducidas y liberadas de sus cadenas por Satán, se reunirán con otros pueblos para hacer la guerra; invadirán las tierras y cercarán la Ciudad amada, pero serán devorados por un fuego bajado del cielo que los arrojará al estanque de fuego y azufre con la Bestia (*Apocalipsis*, 20, 8-10). Representa el Anticristo, de manera que, en el mismo espacio asiático, conviven hombres como el Preste Juan, que encarna la esperanza de salvación de los cristianos, junto a los que amenazan con su ruina.

Las informaciones sobre dos de los tres mares conocidos en la Edad Media —Atlántico e Índico—, mezclan lo real con lo imaginario. El Atlántico, a pesar de las certezas geográficas debidas a las incursiones vikingas —Groenlandia, Islandia, las islas Orcadas—, estaba sembrado de islas misteriosas como Stockafixa, o las Afortunadas a las que viajará San Brandán²¹. Pero es, sin duda alguna, el Índico el que alimenta mayor número de mitos y leyendas. Su concepción de mar cerrado por el Sur, como una especie de río circular, estaba profundamente arraigada en el imaginario medieval, hecho que, en opinión de Le Goff, fundamenta el mito que sobre este océano perduró hasta 1489, cuando el mapamundi de Martellus Germanus lo representa ya abierto²². Está plagado de islas fantásticas, entre las que destaca Taprobane (la actual Ceylán), hacia donde se desplazan los fenómenos naturales maravillosos a partir del siglo XIII y de la reanudación de los viajes por Asia.

La literatura didáctica o científica recogió los textos y las tradiciones precitados, para elaborar con ellos algunos capítulos de los ambiciosos compendios que pretendían ordenar y sistematizar la totalidad del saber de Occidente. La India y sus maravillas pasan a formar parte de las enciclopedias e *Imágenes mundi*, cuya eclosión se inscribe en el marco del renacimiento cultural y artístico de los siglos XII y XIII²³. El *Mappemonde* de Pierre de Beauvais (antes de 1218) contiene una descrip-

²⁰ En algunos mapamundis medievales, como el de Orosio, el Este se sitúa en la parte superior del mapa: Asia ocupa la mitad superior del círculo, África el cuarto inferior derecho y Europa el izquierdo. Esta distribución obedece a razones espirituales, porque es allí donde nació y vivió Jesucristo. En el mapamundi del Beato o en el de Ebstorf en el XIII el Paraíso Terrestre se representa al Norte. Véase J. ARROUYE, «Cruce axis mundi», en *Terres médiévales*, sous la direction de Bernard de Ribémont, París, Klincksieck, 1993, pp. 9-20, p. 10.

²¹ C. SUTTO, «L'image du monde à la fin du Moyen Âge», en *Aspects de la marginalité au Moyen Âge*, pp. 59-69, p. 61.

²² J. LE GOFF, *op. cit.*, p. 282.

²³ El tímpano de Vézelay, esculpido en 1125, evoca la misión de los apóstoles entre los pigmeos, los panodios, esciritas y cinocéfalos. Véase P. ZUMTHOR, *op. cit.*, p. 266.

ción geográfica que se extiende considerablemente sobre Asia y sus monstruos, conservando la intención moralizadora de las fuentes que maneja y no cita²⁴: la *Imago Mundi* de Honorio de Autun²⁵. Publicada hacia 1123, dedica un capítulo a la India, difundiendo, gracias a su gran éxito, las tradiciones teratológicas de Solino. Fue traducida al francés por Gossuin de Metz hacia 1230 y más tarde por Pierre d'Ailly (1350-1420), obispo de Cambrai, que hizo una adaptación versificada. Jacques de Vitry en su *Historia Hierosolymitana* (s. XIII) incluye un extenso tratado sobre las maravillas de Oriente, especialmente sobre las razas monstruosas. Sintetiza las listas establecidas sucesivamente por Plinio, Solino, san Agustín y san Isidoro, e incluye como novedad otros pueblos procedentes del *Liber Monstrorum* escrito en anglosajón a finales del siglo VIII o principios del IX. Thomas de Cantimpré consagra todo el capítulo III de su *De naturis rerum* (ca. 1240) a los monstruos. Publicado tras quince años de trabajo, y ricamente miniado en numerosos manuscritos, contiene una clasificación de hasta cuarenta y dos razas monstruosas, lista que pasa casi íntegramente a la enciclopedia más importante de la Edad Media, el *Speculum mundi* de Vincent de Beauvais (†1264). El *Livres dou Tresor* de Brunetto Latini, escrito en torno a 1267-1268 en un francés italianizado, ofrece numerosas analogías con el anterior; aunque menos ambicioso, condensa y simplifica la exhaustiva documentación desplegada por su modelo, reduciéndola a los aspectos que él considera esenciales. En el caso de las razas monstruosas la minuciosa lista de Vicente de Beauvais es sustituida por informaciones más escuetas, inscritas en el marco de la descripción del mapamundi y de los habitantes de sus distintas regiones (cp. 121-124). La enciclopedia se copió en más de setenta manuscritos y se imprimió varias veces en el siglo XVI, propagando sus conocimientos entre los hombres y estudiantes de todo el mundo.

4. VIAJEROS Y LIBROS DE VIAJES. NUEVAS CONTRIBUCIONES AL HORIZONTE MEDIEVAL

El conocimiento de Asia, especialmente de la India y China, se enriqueció considerablemente a partir de los relatos escritos por misioneros o comerciantes que frecuentaron las rutas de Asia central o del Sur, aprovechando lo que se ha denominado la *Pax mongolica*. El continente asiático dejó de ser territorio de cruzada, para convertirse en ruta de evangelización y de exploración.

La era de los grandes viajes comienza a mediados del siglo XIII, coincidiendo con las conquistas de los mongoles por Asia y Europa. En 1214, Gengis Kan invade

²⁴ Editado por A. ANGREMY «*La Mappemonde* de Pierre de Beauvais», *Romania*, núm. 104 (1983), pp. 316-350 y 457-498.

²⁵ Véase J. MUELA EZQUERRA, «Formas del didactismo», en *Historia de la Literatura francesa*, coordinada por Javier del Prado, Madrid, Cátedra, 1994, pp. 179-199, p. 192.



China y emprende después una conquista hacia el Oeste. Cracovia es tomada en 1241; Hungría es invadida; las tropas tártaras se dirigen hacia Viena, cuando la muerte del Gran Kan Ogodei interrumpe el avance.

Los mongoles suscitaron en Occidente sentimientos contradictorios de temor y de esperanza. En 1218, Jacques de Vitry predicó que David, *rey de las dos Indias*, encabezaba a feroces pueblos dirigiéndose a ayudar a los guerreros cristianos para acabar con los sarracenos²⁶. Pero, por otra parte, la barbarie con la que asolaron las regiones que encontraron a su paso resucitó el mito del Anticristo. Los tártaros fueron identificados con los pueblos de Gog y Magog, lo que impulsó a Gregorio IX a predicar sin éxito, en 1241, la Cruzada para rechazarlos.

Poco antes del concilio de Lyon, el papa Inocencio IV, decidido a dilucidar el peligro real que acechaba a los occidentales, envió dos cartas a los mandatarios mongoles a través de varios grupos de embajadores religiosos, dominicos y franciscanos, que a la sazón estaban en pleno auge. La primera contenía un resumen de la doctrina cristiana y la segunda la expresión de asombro por el ataque contra los pueblos cristianos. Las acompañaba una bula que afirmaba la suprema autoridad de la Iglesia de Roma. El espíritu abierto de estos enviados unido a la curiosidad y la tolerancia de los Mongoles hacia los cristianos, que ya no estaban en pie de guerra, favorecieron la apertura de Oriente y de las rutas terrestres hacia Extremo Oriente, que se cerraron con la llegada de la dinastía Ming en 1368.

Hasta esa fecha, se sucedieron los viajeros. La primera generación de misioneros incluía hombres de gran valía: el franciscano Juan de Pian del Cárpine (1245)²⁷, Nicolás Ascelin (1246), Simón de Saint-Quentin (1247) y el franciscano flamenco Guillermo de Rubruck (1255), enviado por Luis IX. Juan de Pian del Cárpine, de personalidad notable, hizo a su regreso de Tartaria una gira de conferencias por Europa. Escribió con suma pericia la *Historia mongolorum*, obra de gran extensión donde, haciendo gala de un agudo sentido de la observación, describe las costumbres de los tártaros, a la vez que narra su historia, fundida ya con la leyenda de Alejandro Magno y con su universo de razas monstruosas. Por su parte, Rubruck estructuró el informe sobre su viaje de ida y vuelta de la corte del Gran Kan como una narración, a lo largo de la cual describe con minuciosidad las regiones que atraviesa y las costumbres de los pueblos que encuentra en cada etapa. Refiere, entre otras curiosidades, el uso del papel moneda en Catay, y todo aquello que le fascinó en su periplo²⁸.

En la segunda generación de viajeros, las expediciones a Oriente se realizan por tierra, pero también por mar: participan, entre otros, Juan de Montecorvino

²⁶ J. LARNER: *Marco Polo y el descubrimiento del mundo*, Barcelona, Paidós, 2001 (ed. original de 1999 por Yale University Press, New Haven y Londres), p. 39.

²⁷ Juan de Pian del Cárpine cumplió su objetivo, pues asistió en Caracorun a la designación de Guyuk como Gran Kan (agosto de 1246).

²⁸ J. LARNER, *op. cit.*, p. 44.

(1289), Odorico de Pordenone (1314). Los viajes de los hermanos Polo a China se inscriben dentro de este contexto de alianza con los mongoles. En 1260, embarcan en Venecia para realizar su primer gran viaje en busca de piedras preciosas, pieles y ricas mercancías. Regresan a China en 1271, donde permanecen diecisiete años.

La iniciativa de los viajes a Oriente a partir de 1368 no está ya alentada por la gran corriente única que había inspirado los anteriores, sino que responde a decisiones más dispersas.

Los testimonios legados por todos estos viajeros dan cuenta, como determina la tradición de los libros de viajes, de lo que han visto, pero también de lo que han sabido de oídas, siendo, en ocasiones, difícil de deslindar con certeza lo uno de lo otro. Las observaciones más pertinentes corren parejas a noticias inverosímiles, que perpetúan el mito de lo maravilloso asiático, como si el continente no pudiera desprenderse de su manto fantástico. El relato más famoso, el *Voyage d'Outremer* (1356), fue escrito por Juan de Mandeville, *voyageur de chambre*, que viajó probablemente a Egipto y a Tierra Santa, pero que confiesa ingenuamente no haber ido a la India. Su obra, verdadero catálogo de maravillas orientales, se conserva en doscientos cincuenta manuscritos copiados en diez lenguas (francés, inglés, latín, alemán, holandés, danés, checo, italiano, español, irlandés). La misma razón justifica que de *Le Devisement du monde* (1298) de Marco Polo sólo se retuviera su lado fantástico²⁹.

El progreso de los conocimientos geográficos fue asimilado lenta y tardíamente por los medios intelectuales y populares. Aunque Vicente de Beauvais insertó en sus obras fragmentos de la *Historia Mongolorum* —que se convirtió en obra de consulta básica sobre los mongoles—, los avances no fueron consignados hasta 1375 cuando el judío mallorquín Abraham Cresques reflejó en su *Atlas* los resultados de las exploraciones geográficas de los siglos XIII y XIV.

5. LOS TEXTOS ROMANCES

Aunque las descripciones de los hombres monstruosos, como se ha visto, constituyen un capítulo tradicional de las obras de literatura didáctica, a menudo desbordan sus fronteras para adentrarse en obras de ficción redactadas en lengua romance. Su presencia en los cantares de gesta sirve para perfilar retratos de sarracenos pérfidos, como el gigante Corsolt que seccionó la nariz a Guillaume de Orange (*Couronnement de Louis*). La novela medieval incorpora en algunos pasajes descripciones de hombres salvajes para expresar, sin duda alguna, la degradación del héroe o para contrastar con su imagen la perfección cortés. Pero es, indudablemente, en las *novelas antiguas*, especialmente en *Le Roman d'Alexandre*, donde su impronta resulta más fuerte por su estrecha vinculación con las maravillas asiáticas o indias.

²⁹ C. SUTTO, *op. cit.*, p. 64.



El análisis de los pueblos monstruosos inicia un recorrido a través de algunos textos medievales que, partiendo del *Roman d'Alexandre*, se detiene en *Li Livres dou Tresor* de Brunetto Latini, y desemboca, finalmente, en libros de viajes como el de Marco Polo o Mandeville³⁰.

5.1. EL *ROMAN D'ALEXANDRE*

La versión del *Roman d'Alexandre* de Alexandre de París (ca. 1.180) narra en su *Branche III* —Las maravillas de Oriente— la expedición emprendida por Alejandro a través de la India, para culminar su ambicioso proyecto de conquistar y dominar el orbe, cuyos hitos fundamentales son las victorias contra Poro y el emir de Babilonia y la muerte de Darío. El viaje articula la estructura del relato desgranando múltiples episodios en los que se suceden las aventuras más asombrosas, fruto de encuentros con criaturas extrañas, enmarcadas por espacios realzados por su peligrosidad o por su sorprendente exuberancia (*l'ailleurs*) y bajo condiciones atmosféricas que reúnen, en un intervalo inverosímil, el torbellino de aire y el fuego, la nieve y la lluvia.

Alejandro cuenta a lo largo de su exploración del desierto indio con personajes que salen a su encuentro para proporcionarle información, servirle de guía o prevenirle de riesgos y peligros. La función que éstos desempeñan como auxiliares del héroe en la novela no ofrece ninguna duda, por cuanto su presencia y sobre todo sus palabras le allanan caminos o dan nuevo impulso a su aventura. Irrumpen en la ficción de manera brusca e imprevista, sin que justificaciones o anuncios previos otorguen verosimilitud a su presencia y, una vez finalizado su cometido, desaparecen sin dejar rastro. La identidad en la función se corrige con una descripción diferenciada de su apariencia física, lo que permite individualizarlos, si bien subyacen en todos ellos ciertos rasgos comunes que remiten a una misma figura.

El caso más peculiar es el de los dos hombres que, desde una chalana hecha con cañas, les informan sobre el lugar donde pueden encontrar agua dulce, a la vez que les aconsejan no pernoctar en el lugar, para evitar ser atacados por todas las maravillas [*sic*] de la India que vienen a beber por la noche³¹. Estos personajes no están descritos físicamente: carecen de rostro. Se reconocen sólo por dos aspectos:

³⁰ Según Y. BELLENGER los relatos de viajes ofrecen una de las documentaciones más ricas sobre las representaciones de la alteridad. De ahí el auge de este tema a partir de los siglos XVI y XVII. «L'autre dans quelques récits de voyage au XVI^e et au XVII^e siècles. Libertés italiennes et découverte du Juif», E. BERRIOT-SALVADORE (ed.), *Les représentations de l'Autre du Moyen Âge au XVII^e siècle. Mélanges en l'honneur de Kazimierz Kupisz*, Saint-Étienne, Publications de l'Université de Saint-Étienne, 1995, pp. 39-51.

³¹ Todas las referencias remiten a Alexandre de Paris, *Le Roman d'Alexandre*. Traducción, presentación y notas de Laurence Harf-Lancner (con el texto ed. por E.C. Armstrong *et al.*), París, Librairie Générale Française, 1994 (Lettres gothiques), *branche III*, vv. 1.150-1.178.



hablan en lengua india y practican un régimen de vida comunitario, en el que el *nosotros* prevalece sobre el *yo* (v. 1156-62), y por el que comparten tanto las riquezas como el agua que los griegos les piden. Su indefinición física niega su alteridad. A diferencia de otros informadores, no son distintos de Alejandro y de sus hombres, ya que el macedonio los interpela en su lengua, y ellos mismos subrayan su identidad con los griegos al afirmar: «Mais por ce que fait estes a la nostre figure» (v. 1.160)³². Su desprecio de las riquezas, junto a la generosidad y solicitud que muestran hacia los viajeros, les acercan más a la representación idealizada del hombre extranjero que a la del extraño.

Los retratos de los cuatro viejos, que le dan noticia de la existencia de las tres fuentes —juventud, resurrección e inmortalidad— y del preste negro —guardián de los árboles del Sol y de la Luna— están trazados a partir de algunos caracteres semejantes:

Es vous par devant l'ost quatre viellars errant,
 Et ot trestous li mendres quatorze piés de grant.
 Velu sont commë ours, poil ont dur et poignant,
 Cornes ont comme cerf en mi le front devant,
 Et sont noir comme meure et lor oel sont luisant.
 En l'ost nen ot destrier fors Bucifal l'amblant
 Qu'en peüst un ataindre, si tost s'en vont fuiant. (vv. 2.938-2.944)

Uns prestres lieve sus qui ne fu mie ras,
 Velus fu commë ors et esnüés de dras;
 As orelles li pendent li onés et topas
 Et pierres prescïeuses de l'eaue d'Euftratas;
 Et ot dens comme chiens, noirs fu com charbons ars,
 Et ot bien de hautece grans quinze piés eschars.
 Alixandres l'esgarde, cuida fust Satanas. (vv. 3.784-3.790)

Tanto los cuatro viejos como el preste son de estatura elevada³³, negros, de pelo hirsuto, que los cubre como a los osos. Su morfología se desliza hacia la animalidad a través del atributo de los cuernos —que los acerca a los sátiros—, en el caso de los viejos, o de los dientes de perro del sacerdote³⁴. Subyace en ambos la representación del hombre salvaje, cercana a la del gigante³⁵ en su apariencia física, pero

³² *Le Roman d'Alexandre, Branche III*, nota 27. Identificados con los *brahmanes* o *gimnosofistas*.

³³ Uno de los tres componentes semánticos de la palabra *gigante* es, según F. DUBOST, la talla extraordinaria: entre 15 y 17 pies. *Op. cit.*, p. 576.

³⁴ Tanto los cuernos como los dientes devoradores forman parte de la simbología teriomorfa. Los primeros, por su isomorfismo con la luna y con la hoz del tiempo; los segundos, en relación con la agresividad despedazadora. G. DURAND, *Les structures anthropologiques de l'imaginaire*, París, Bordas, 1969, pp. 86-96.

³⁵ Para C. LECOUTEUX, los hombres salvajes se confunden con los gigantes, cuya pilosidad es notable y van provistos de una maza, *op. cit.*, cp. 1. Sobre la naturaleza maléfica de los gigantes



del que les separa la falta de una naturaleza maléfica. Los caracteres que los definen son el resultado de la combinación de elementos procedentes de distintas categorías de monstruos, tal y como establecen las enciclopedias medievales desde San Isidoro hasta Thomas de Cantimpré³⁶.

La asimilación de estos viejos con Bucéfalo, el mágico y veloz caballo de Alejandro³⁷, los vincula con lo maravilloso, al hacer gala de una celeridad en la carrera totalmente inusual en su edad. La descripción recurre a la paradoja, uno de los procedimientos retóricos de que se sirve la alteridad para, como afirma Hartog, hacerla visible y comprensible³⁸.

El sacerdote, en cambio, se desliza hacia lo diabólico por la mezcla de colores que sugieren las piedras preciosas que cuelgan de sus orejas.

En el extremo opuesto se sitúan algunos pueblos monstruosos que obstaculizan la aventura de Alejandro. Su presentación es colectiva, por razas, grupos y no individuos como los anteriores. Aparecen, como la mayor parte de los animales fantásticos, en la travesía del desierto indio. Están, por lo tanto, ligados a un espacio árido y de topografía imprecisa. Todos ellos son habitantes de las enciclopedias cultas, aunque Alejandro de París perfila sus rasgos y los inserta en la intriga con más o menos pertinencia.

El pueblo de Gog y Magog (Gos y Magos en el texto) se integra dentro de la estructura de la novela como aliado de Poro en su lucha contra Alejandro. Protagoniza un episodio de corte épico, narrado a lo largo de tres tiradas consecutivas, en las que el recurso a técnicas de repetición indica su vinculación con el cantar de gesta. Huye tras la rendición de su aliado, motivo que, como analiza Jean-Pierre Martin³⁹, cumple una función narrativa al facilitar la transición, en este caso de la prueba épica a la aventura novelesca propiciada por el viaje del protagonista. El

véase F. DUBOST, *op. cit.*, pp. 576-577. Un buen estudio sobre las modalidades religiosas y laicas del hombre salvaje, su tipología y sus fuentes clásicas puede leerse en V. ACOSTA, *La humanidad prodigiosa. El imaginario antropológico medieval*, 2 vol., Caracas, Monte Ávila Editores, 1996, t. II, pp. 125-249.

³⁶ Presentamos en anexo la clasificación por su utilidad, y porque nos permite fácilmente remitir a ella. El núm. 32, *hombres salvajes (silvestres homines* en san Isidoro), el núm. 24, *hombres grandes peludos*, el núm. 27, *hombres cornudos* que ladran (*razas monstruosas: sátiros + cinocéfalos*, según san Isidoro), el núm. 25, *mujeres fluviales* con dientes de perro, el núm. 38, *hombres con ojos relucientes*.

³⁷ En Megátenes los *okupedos* corren más rápido que los caballos, citado por V. ACOSTA, *La humanidad prodigiosa*, p. 270. Sobre las características del caballo mágico y su presencia en las leyendas épicas, véase F. DUBOST, *op. cit.*, pp. 435-454.

³⁸ F. HARTOG, *Le miroir d'Hérodote. Essai sur la représentation de l'autre*. París, GALLIMARD, 1980, cp. I. Una de las características frecuentes de los hombres salvajes es, siguiendo a Kappler, que igualan a los animales salvajes en la carrera. *Op. cit.*, p. 159.

³⁹ J.-P. MARTIN lo denomina «Motif narratif jonctionnel-disjonctionnel», *Les motifs dans la chanson de geste. Définition et Utilisation* (Discours de l'épopée médiévale, I), Univ. de Lille III, Centre d'Études médiévales et dialectales, 1992, p. 135.

motivo de la persecución se empareja con la huida, sólo que en esta obra —e interviene de nuevo la adaptación de Alejandro de París—, responde a la ira de Alejandro al ser acusado por Gog y Magog de bastardía. La hostilidad que el conquistador le manifiesta y su encierro tras un muro indestructible de cemento, se justifica desde la propia intriga a través de la alusión a la oscura concepción de Alejandro, y a la acusación de adulterio que pesa sobre su madre. Su caracterización como pueblo de crueldad y de maldad extremas se acomoda a la más pura tradición bíblica (*Branche* III, vv. 2.149-91).

Los *cinocéfalos*, hombres con cabeza de perro, son híbridos de hombre y animal. Mencionados por primera vez por Ctesias, que los sitúa en las montañas de la India, alcanzaron una gran difusión en el mundo entero. La imagen que la Edad Media tuvo de ellos deriva de san Agustín, y fue recogida por san Isidoro de Sevilla⁴⁰. A partir del siglo VII aparece una nueva tradición en la *Cosmografía* de Ethicus que los sitúa en el norte de Europa, en la isla de Munitia, coincidiendo en el tiempo con la leyenda de san Cristóbal, de fisonomía cinocéfala. Alejandro de París simplifica su descripción. Son feos, crueles y empuñan piedras, como hombres salvajes, con las que atacan al ejército de Alejandro (III, vv. 3.113-169). Desaparece, por lo tanto, la referencia a los ladridos como sustituto del lenguaje, lo que suaviza su bestialidad. Se localizan en el desierto de Rimost, más allá de los límites de Hércules, es decir, más allá del espacio recorrido por el dios en medio de un calor sofocante.

La descripción de los *ictiófagos* (*Liotifal*)⁴¹ se realiza en un díptico. La primera hoja (III, vv. 2.452-70) los presenta como una aparición repentina que se ofrece a la armada de Alejandro. Son altos, casi gigantescos —miden doce pies—, y robustos. Van desnudos y son tan peludos como animales. Permanecen bajo el agua sin aparecer más de un mes. Se alimentan de pescado crudo que atrapan con gran destreza y en enormes cantidades. Cuando viven en la tierra, se nutren de incienso y bálsamo. Son hombres anfibios, que se reparten entre el medio acuático y el terrestre. Su representación combina elementos de los tipos 10 (hombres que comen pescado), 23 (anfibios) y 19 (hombres que viven de olores) de Thomas de Cantimpré. Su imagen se desliza desde lo salvaje hacia el refinamiento civilizado. Surgen ante los ojos de Alejandro poco después de que atravesase los límites de Hércules, para desaparecer al ser atacados por los arqueros macedonios. No actúan, se muestran como pobladores extraños de un espacio recóndito sólo hollado antes por los dioses. Alientan, sin llegar a satisfacer, la curiosidad de Alejandro, que se lamenta de no poder capturar a ninguno. Simbolizan, por lo tanto, una humanidad huidiza que se escapa sin remedio de las manos del explorador de espacios.

⁴⁰ Cf. C. LECOUTEUX, «Les Cynocéphales. Étude d'une tradition tératologique de l'Antiquité au XII^e siècle», *Cahiers de Civilisation Médiévale*, núm. 94 (1981), pp. 117-128. Véase también V. ACOSTA *La humanidad prodigiosa*, t. II, pp. 283-290.

⁴¹ Los *ictiófagos* aparecen en Heródoto, *Historia*, III; Plinio, *Historia Naturalis*, VI; Honorio de Autun, *De imagine mundi*, XII (*De monstis*).

La segunda hoja del díptico (III, vv. 3.277-83) modifica algunos de sus rasgos. Esta vez los *ictiófagos* son gigantes y horribles, sus ojos brillan como el cristal y blanden piedras con las que libran batalla y rechazan a Alejandro. Su actitud pacífica se ha transformado en una abierta hostilidad semejante a la de los *hombres salvajes* o a la de los *cinocéfalos*. Comparten con ellos la aspereza del paisaje, acentuada por el calor, y por el rigor de la montaña. Han dejado de ser un espectáculo maravilloso, que el macedonio quisiera retener, para convertirse en una amenaza que pone en peligro sus vidas, y cuyo alejamiento alivia. Ciertamente Alejandro de París no se interesa por fijar su imagen, más bien al contrario la manipula, multiplicando sus formas en un juego de metamorfosis, que estaría ligado a la incapacidad de Alejandro para aprehenderla.

Los gigantes cuyo cuerpo está hendido hasta el ombligo (III, vv. 3.140-354) constituyen la última raza que Alejandro encuentra tras franquear los límites de Hércules. Desnudos, con la espalda recubierta de pelo, manifiestan su enojo ante la presencia de unos intrusos (Alejandro y los suyos) que desconocen. Su naturaleza agresiva se despliega en un fiero ataque que siembra de muertos griegos el suelo. Una vez más, Alejandro no puede consumir su venganza, impedido por una extraña meteorología que reúne todas las posibles adversidades atmosféricas.

A lo largo de todos los encuentros con estas razas monstruosas, Alejandro no obtiene ninguna victoria, si se exceptúa el encierro de Gog y Magog. El macedonio conquista el espacio, pero no consigue doblegar a sus habitantes. La aventura sobre estos pueblos arroja, por lo tanto, un saldo negativo para el conquistador.

La feminidad maravillosa está formada por las *muchachas de agua*, las *muchachas-flor* y las *amazonas*. Ni las *muchachas de agua* ni las *muchachas-flor* figuran en las enciclopedias. Las primeras aparecen en la *Epístola ad Aristotelem* y se remontan al motivo folclórico de las criaturas que arrastran a los mortales al agua, y a la tradición antigua de las *sirenas*, aunque en la novela medieval ni cantan ni están dotadas de una doble naturaleza humana y animal⁴². Alejandro las encuentra cerca del Océano (III, vv. 2.896-932). Viven en el agua como los peces. Van desnudas de los pies a la cabeza, mostrando todos los dones que les otorgó la naturaleza, cubiertos únicamente por su cabellera, brillante como la cola del pavo. Hermosas y delicadas, son seres de otro mundo: «Lor aparurent femes, mais il ne sorent dont,/ Car plus de cinc jornees d'entor et d'environ/ Ne peüst on trover ne borde ne maison/ Ne chastel ne cité ne habitacion» (vv. 2.900-3). Se desenvuelven en un espacio acuático, peligroso y engañoso⁴³, próximo al clima de seducción fatal propio de lo fantástico. Su sensualidad apremiante y seductora atrae a los soldados para luego ahogarlos contra sí. Alejandro prohíbe a sus hombres acercarse a ellas. Su amor está unido a la muerte⁴⁴.

⁴² C. GAULLIER-BOUGASSAS, *Les romans d'Alexandre. Aux frontières de l'épique et du romanesque*, París, Honoré Champion, 1998, pp. 160-161 y pp. 415-421.

⁴³ F. DUBOST, *op. cit.*, pp. 268-269.

⁴⁴ Para C. GAULLIER-BOUGASSAS detrás de la feminidad sensual e imperiosa se esconde el miedo a la sexualidad femenina que recorre la obra. *Les romans d'Alexandre*, p. 416.

El origen de las *muchachas-flor* se relaciona con la tradición ornamental y legendaria del árbol con frutos zoomórficos. En principio se trata del árbol de la Vida, tan impetuosa que hace estallar el marco vegetal. Numerosos cuentos árabes difundidos desde el siglo VIII propagaron la leyenda, de la que existen múltiples variantes. Una de ellas es el *wak-wak*⁴⁵, árbol cuyo fruto son mujeres y cuyas llamadas *wak-wak* constituyen un mal presagio. El árbol parlante reaparece con la *Novela de Alejandro* del Pseudo-Calístenes, donde los árboles pronuncian las palabras misteriosas sin tener boca. La leyenda, contada en *Les Livres des merveilles de l'Inde*, escritos en el siglo X, se asoció con la epopeya de Alejandro Magno.

La descripción de las *muchachas-flor* se inserta dentro de un amplio episodio (III, vv. 3.334-551) de corte novelesco en el que la aventura encuentra el amor. Las muchachas se presentan dentro de un hermoso bosque que posee algunos elementos del jardín ideal (río, árboles, hierba) combinados con las especias de origen oriental. De entre todas las hierbas sobresale la mandrágora, por su poder de matar al ser arrancada. Dentro de este primer espacio se circunscribe un jardín mucho más deleitoso, por la abundancia de frutas y porque sus hierbas tienen la facultad de curar cualquier enfermedad, además de restablecer la salud y la virginidad tras una noche de solaz. Justo en el centro de este espacio, mana una fuente cristalina junto a la que aparecen las jóvenes. La reduplicación de espacios que convergen en un centro ofrece una clara significación cósmica, que hace del jardín un lugar privilegiado de unión entre este mundo y lo sagrado. Es, por otra parte, un espacio ambivalente, ligado tanto a la muerte como a la vida. La doble descripción de las muchachas, realizada por el narrador y más tarde por Alejandro, reproduce los rasgos del modelo fijado por la tradición novelesca y retórica. Aunque la del macedonio es más detallada, ambos destacan su hermosura, resaltando los ojos claros y sonrientes, la nariz perfecta, la tez luminosa, los dientes blancos cual flor de lis, a lo que cada uno de ellos añade un rasgo que subraya su sensualidad: los senos pequeños, el narrador, y la boca hecha para los besos, Alejandro. Van ricamente vestidas y nada en ellas las identifica con el otro. Su relación con las hadas de los *lais* o de otras novelas medievales tiene que ver con la profusión que les rodea, con la satisfacción inmediata de sus deseos, y con esos banquetes servidos por cientos de criados donde los platos se acomodan al gusto de cada comensal. Al igual que sucede con las *muchachas de agua*, son ellas las que instan a los griegos a satisfacer sus deseos.

Su carácter maravilloso radica en su doble naturaleza vegetal y humana, que es presentada gradualmente al hilo del episodio del enamoramiento de Alejandro. El conquistador repara en la más hermosa de todas, que se encuentra bajo el vástago de un algarrobo: «Alixandres regarde desous une cepee/ D'un vermel cherubin qui ot la fuele lee/ Et iert a oisiaus d'or menüement ouvree./ Une pucele vit, bele et

⁴⁵ Sobre las variantes de la leyenda, su transmisión a la Edad Media y su iconografía véase J. BALTRUSAITIS, *Le Moyen Âge fantastique. Antiquités et exotismes dans l'art gothique*, París, Flammarion, 1993 (1ª ed. en 1981), pp. 124-140.



encoloree...» (III, vv. 3.482-5). Justamente cuando expresa su deseo de llevársela del bosque para hacerla su esposa, la muchacha le previene de su dependencia del medio vegetal: «Gentieus rois, ne m'oci, france chose honoree,/ Car se g'iere plain pié de la forest getee,/ Qu'ëusse une des ombres seulement trespassee,/ Sempres seroie morte, tels est ma destinee.» (III, vv. 3.501-4). Uno de los cuatro viejos que guían a Alejandro en su periplo completa la información⁴⁶:

A l'entree d'yver rencontre la froidure
Entrent toutes en terre et müent lor faiture,
Et qant estés revient et li biaux tans s'espure,
En guise de flors blanches vienent a lor droiture.
Celes qui dedens naissent s'ont des cors la figure
Et la flors de dehors si est lor vesteüre,
Et sont si bien taillies, chscune a sa mesure,
Que ja n'i avra force ne cisel ne costure,
Et chascuns vestemens tresq'a la terre dure. (III, vv. 3.531-9)

Las *muchachas-flor* introducen en la novela una nueva concepción temporal, donde el tiempo lineal del hombre se sustituye por el cíclico del vegetal, siendo imposible su armonización. Su amor es imposible y su placer efímero. Alejandro, una vez más, es incapaz de hacer perdurar en el tiempo y en el espacio la experiencia, en este caso amorosa, vivida en unos límites definidos por la magia y la metamorfosis⁴⁷.

Las *amazonas* cierran la trilogía sobre la alteridad femenina. El origen del tema se remonta a la antigüedad griega, desde donde se difunde a la civilización occidental. Existen numerosas versiones, que no son sino variaciones en torno a tres caracteres: la feminidad peligrosa, la inversión de papeles sexuales y la barbarie⁴⁸. San Isidoro las incluye dentro del capítulo de las *Etimologías* dedicado a los pueblos y las lenguas⁴⁹. Para san Isidoro se trata de un pueblo histórico, que ya no existe porque fue exterminado por Hércules, Aquiles y Alejandro. Recuerda su carácter

⁴⁶ Dentro de la estructura iniciática que presenta este relato, la exploración de Alejandro adopta la forma de una encuesta: «Par une attitude critique et inquisitrice et un questionnement constant, il entend dépouiller l'Orient de ses mystères et rendre transparent ce qui *a priori* lance un défi à sa raison», GAULLIER-BOUGASSAS, *op. cit.*, p. 426.

⁴⁷ Según E. BAUMGARTNER el carácter circular del Oriente de la novela de Alejandro explica la impotencia del conquistador para arrancarle el secreto de la inmortalidad, y justifica su muerte como supremo sacrificio para poder liberar a su ejército de «ese valle sin retorno». «L'Orient d'Alexandre», en *Bien dire et bien apprendre*, núm. 6 (1988), pp. 7-15, pp. 12-13.

⁴⁸ J. CARLIER-DÉTIENNE, «Les Amazones font la guerre et l'amour», *L'Ethnographie* (1980-1981), pp. 11-33, p. 11. Hartog afirma que la descripción de las amazonas obedece al procedimiento de inversión; ilustran, además, sobre la polaridad guerra / matrimonio en relación con el hombre y la mujer, *op. cit.*, p. 234.

⁴⁹ San Isidoro, *Etimologías*, IX, 2, 64.

guerrero y su vida, en la que no hay sitio para los hombres, e insiste sobre todo en que se cauterizan el pecho derecho para que no les estorbe al disparar flechas. Su nombre significa *sin pecho*.

El tema gozó de un innegable éxito en el siglo XII, justificado por sus relación con ciertos personajes ligados al Antiguo Testamento como la Débora del *Libro de los Jueces* conduciendo al combate a las tropas de Israel, y por el éxito de las adaptaciones realizadas por las *novelas antiguas*, especialmente, *Eneas* y *Roman de Troie*. Su retrato, que reúne castidad y belleza, se corresponde con la representación de la Virtudes combatiendo a los Vicios inspirada en la *Psycmachia* de Prudencio, tal como el público medieval podía contemplarla en los edificios religiosos⁵⁰.

El episodio de las *amazonas* en *Le Roman d'Alexandre* es el más extenso de todos los protagonizados por mujeres (tiradas 426-451). En él, Alejandro de París completa la modificación de los rasgos distintivos de este pueblo iniciada por *Eneas* y continuada por el *Roman de Troie*. Humaniza su barbarie⁵¹, pues ya no se entregan a prácticas crueles con los varones, sino que atraviesan el río Meothedie una vez al año para reunirse con los caballeros en medio de una gran fiesta, en la que se entregan a los juegos y los placeres de amor (vv. 7.235-45). Los nacidos varones de estas uniones son entregados a los padres, en tanto que las niñas permanecen con sus madres⁵². Culmina el proceso de feminización soslayando la ablación del pecho derecho. Subraya su belleza y amplifica considerablemente sus aderezos y atavíos, que evocan la estética cortés. Establece en definitiva, como afirma Petit, un nuevo tipo de ideal femenino basado en la igualdad, en el que el binomio *fortitudo + pulchritudo* se corresponde con el masculino *fortitudo + sapientia*. Transforma su relación con Alejandro que, en lugar de conquistarlas y reducir las por las armas, las somete a cambio de un tributo y de un compromiso de fidelidad. Es, por último, la única aventura amorosa protagonizada por los hombres de Alejandro que se ve coronada por el éxito: dos mensajeras de la reina Amable abandonan la isla donde habitan para desposar a sendos caballeros griegos (7.678-84). La innovación sufrida por las amazonas en el *Roman d'Alexandre* de Alejandro de París reduce, casi hasta anularla, su alteridad.

5.2. BRUNETTO LATINI: *LI LIVRES DOU TRESOR*

En su *Livres dou Tresor*, Brunetto Latini dispensa un tratamiento diferente a los pueblos monstruosos o curiosos que ilustran la alteridad. En cuanto tratado

⁵⁰ A. PETIT, «Le traitement courtois du thème des Amazones d'après trois romans antiques: *Enéas, Troie et Alexandre*», *Le Moyen Âge*, núm. 89 (1983), pp. 63-84, pp. 71-72.

⁵¹ *Ibid.*

⁵² Esta misma costumbre aparece en Thomas de Cantimpré (núm. 1): *Mujeres insulares*, que ven a su marido una vez al año. Guardan con ellas a sus hijas, y entregan los hijos al marido.

enciclopédico, acumula informaciones ordenadas con arreglo a determinados criterios. La noticia sobre las amazonas se inserta dentro de la partida 1 relativa al origen de todas las cosas, en el marco de la historia de los pueblos, mientras que las otras razas desglosan la descripción de Asia, y en menor medida la de África, integradas en el mapamundi.

El reino de «Femenie» (I, 30)⁵³, es decir, de las amazonas, comenzó con el ataque de los escitas a los egipcios en el que perecieron el rey y todos sus hombres. Sus esposas resolvieron nombrar reina a una mujer. Establecieron que ningún hombre pudiera vivir en sus tierras. Así, mientras que las niñas nacidas vivían con ellas, los varones eran confiados a sus padres. Se mutilan el pecho derecho para llevar mejor el escudo y las armas. Su nombre significa *falta de mama*. Acudieron en auxilio de Troya, por el amor de Pentesilea, su reina, hacia Héctor, donde murió con gran parte de sus guerreras.

Brunetto Latini ofrece una justificación histórica de la ausencia de hombres dentro de esta colectividad. Comparte con san Isidoro su función guerrera, pero difiere en la explicación de su desaparición, influida por el destino que acompaña a estas mujeres en el *Roman de Troie*. La mutilación del pecho sustituye a la cauterización de fuente isidoriana.

Las *sirenas* (I, 136) forman parte de la historia natural. Son, según los antiguos, mujeres hasta los muslos, y peces desde esas extremidades. Tienen alas y uñas. Sus cantos hacían perecer a los navegantes. Brunetto Latini avanza otra descripción, según él, más cierta. Son tres meretrices que engañaban y arruinaban a los que pasaban delante de ellas. Afirma la historia que tenían uñas para mostrar que el amor roba y hiera. En Arabia, reciben este nombre unas serpientes tan rápidas que algunos dicen que vuelan. La fuerza de su veneno es tal que enloquece a aquel a quien muerden.

El continente asiático es, como se ha visto, proclive a la existencia de pueblos monstruosos. Junto a los que frecuentan los libros enciclopédicos y científicos —*antropófagos*, *ictiófagos*, etc.—, Brunetto Latini introduce otros de existencia histórica, aunque no necesariamente contemporánea del autor, pero cuyas costumbres chocan con la mentalidad medieval. Pertenecen a esta categoría los *Esenios* (I, 121, 9), en cuya colectividad no viven mujeres. Por lo tanto, no se producen nacimientos, pero no importa porque son numerosos. No existe el dinero, y viven alejados del mundo para no cometer pecado. Los que allí llegan sólo pueden quedarse si son castos, inocentes y si tienen fe. Se alimentan de una planta. En este mismo grupo, pero en el continente africano, se sitúan los *pobladores de la isla Menae*, bañada por el río Leteo, cuyos habitantes construyen las casas con sal (I, 124, 4). De los *etíopes* (I, 124, 5) subraya el color negro como la mora, de donde su nombre «moros». Refiere sus costumbres sexuales: desconocen el matrimonio, y las mujeres son co-

⁵³ Edición de Francis J. Carmody, Ginebra, Slatkine, 1975 (reimpresión de la edición Berkeley-Los Angeles, 1948).

munes a todos. Nadie conoce más que a su madre. Por eso son considerados los más innobles del mundo.

Los monstruos enciclopédicos son objeto de una enumeración bastante breve en comparación con la de otras obras semejantes⁵⁴, donde Brunetto muestra la diversidad humana de la India (I, 121, 21). Las anotaciones geográficas son vagas y escasas, así como la información que precisa sus características, que en ocasiones se reduce a una sola palabra: hombres con un ojo (*monóculos* o *cíclopes*), o con una pierna; hombres con cabeza de perro (*cinocéfalos*). Su ordenación no apunta a ningún criterio. El primero utilizado responde a la conducta gastronómica, citando a los que viven sólo de pescado (*ictiófagos*), y a los que matan a sus padres antes de que mueran por vejez o por enfermedad, y luego se los comen en un acto de piedad, variante ritual de la antropofagia. A continuación pasa a detallar anomalías corporales: los que tienen el pie del revés, es decir, la planta arriba y ocho dedos en cada pie, variante de los *antípodas*. Los *cinocéfalos* son híbridos de hombre y animal, por lo tanto se alejan del criterio anterior. Los *blemias* sin cabeza y con los ojos en los hombros son monstruos por defecto de un órgano y por mutación de lugar de otro. Los hombres que nacen canosos (*pandarae*) y negrean en la vejez pertenecen a la categoría de los *prematuros*. La anomalía corporal reaparece con los que tienen un solo ojo o una sola pierna (*esciópodos*), para terminar con la única raza de mujeres: las que quedan encintas cinco años, pero cuyos nacidos no viven más que hasta los ocho. Fuera de este grupo extenso, en la India meridional sitúa a los *hombres verdes* (I, 121, 20). La lista de Brunetto Latini sintetiza no sólo la diversidad de las razas monstruosas, sino también las informaciones que las acompaña omitiendo incluso los nombres tradicionales.

5.3. LOS LIBROS DE VIAJES. MARCO POLO Y JUAN DE MANDEVILLE

Los relatos de viajes, tanto reales como imaginarios, ofrecen una síntesis de los conocimientos geográficos de su momento⁵⁵. Conjugan varios objetivos: transmitir una experiencia, contar aventuras personales y dar a conocer las maravillas del mundo. Recuerda Hartog que estos relatos comportan una rúbrica *thoma* (maravillas, curiosidades), verdadero *topos* del relato etnográfico⁵⁶, que se presenta como una traducción de las diferencias posibles entre el aquí y el allá. Marco Polo muestra

⁵⁴ El mapamundi de Pierre de Beauvais recoge los pueblos de Gog y Magog; los *pigmeos*; los *brahmanes*; los *que comen a sus padres*; los *ictiófagos*; los *antípodas*; los *cinocéfalos*; las *mujeres que conciben sólo 5 veces*; los *monóculos* y los *cíclopes*; los *esciópodos*; los *blemias* asimilados a los *astomori* (un agujerito en lugar de boca y nariz); los *que se alimentan del olor de las manzanas*. *Op. cit.*, pp. 457-98, vv. 326-480.

⁵⁵ J. RICHARD, *Les récits de voyages et de pèlerinages*, Brepols, Turnhout, 1981 (Typologie des sources du Moyen Âge occidental, fasc. 38), pp. 35-36.

⁵⁶ F. HARTOG, *op. cit.*, pp. 243-244.

en *Le Devisement du monde* un claro interés por la geografía corográfica y antropológica⁵⁷. Instalado en una sólida tradición enciclopédica, asigna un gran espacio a las leyendas fabulosas. Sus maravillas son, en realidad, la vida cotidiana de Asia o de la India, que refiere con una amplitud de detalle sin parangón desde Solino hasta Gossouin de Metz. La percepción que el veneciano traslada de los lugares y ciudades que recorre se caracteriza por la confrontación, a veces violenta, entre lo que descubre y que actúa sobre él, y lo que es y continúa siendo, que es una permanencia auténtica⁵⁸. Los usos de los pueblos periféricos chocan con los parámetros culturales del europeo cristiano, lo que Acosta denomina el etnocentrismo propio de la civilización europea, tanto de la pagana antigua como de la cristiana medieval⁵⁹. En consecuencia, la descripción se acompaña en ocasiones de comentarios o juicios de valor que denotan su rechazo o admiración por las costumbres que refiere.

La presencia de las razas monstruosas de origen enciclopédico en el libro de Marco Polo es escasa. Localizadas en su mayor parte en la India Menor, mantienen los rasgos significativos tradicionales, pero combinados con otros que responden al conocimiento personal o de oídas del autor. Así, en Java la Menor (Sumatra), visitada por el mercader (167)⁶⁰, aparecen hombres salvajes *antropófagos* que viven en las montañas como bestias; no tienen religión, ya que adoran cualquier cosa: lo primero que ven cuando se levantan. Desmitifica la leyenda de los *pigmeos* (*petits hommes*) al afirmar que nadie ha podido verlos, porque están todos muertos. Explica la creencia a partir de la confusión con una variedad de monos de pequeña estatura. Otro tipo de salvajes encontrados en Dagroian (Batak) (169) —cuya costumbre califica muy negativamente— matan a los enfermos desahuciados por los hechiceros. Una vez muertos, los cuecen y son comidos por todos los parientes, reunidos en una gran fiesta. Ingieren hasta las sustancias de los huesos para que no se pudran. Luego, depositan los huesos en un cofre y los cuelgan en la roca de una caverna, para que no sean pasto de fieras salvajes. Los *hombres caudatos* (170) —monstruos híbridos, según Kappler— viven en la montaña Lambri (Sumatra) y no en las ciudades, pero son los más numerosos. Su cola mide más de un palmo de largo y es más gruesa que la de los perros. Son lampiños. También de naturaleza híbrida son los *cinocéfalos*, que habitan en la isla de Angaman (Andamán) (173). Son hombres con cabeza, dientes y ojos de perro. Son crueles y antropófagos. A todos estos rasgos convencionales Marco Polo añade su idolatría, y su riqueza en especias, extremo que debía interesarle por su condición de comerciante.

⁵⁷ J. LARNER, *Marco Polo*, p. 119.

⁵⁸ V.-M. SASU, «Dépaysement et exotisme dans le roman d'aventures du Moyen Âge français», en E. Berriot-Salvadore (ed.), *Les représentations de l'Autre du Moyen Âge au XVII^e siècle*, pp. 65-72, pp. 66-67.

⁵⁹ V. ACOSTA, *La humanidad prodigiosa*, t. II, p. 252.

⁶⁰ Sigo la numeración de los capítulos de Marco POLO, *Le devisement du monde. Le livre des merveilles*, 2 vol. Texto establecido por A.C. Moule y Paul Pelliot. Introducción y notas de Stéphane Yerasimos, París, ed. La Découverte, 1991 (versión francesa de Louis Hambis, Klincksieck, 1955).

Las *islas Macho y Hembra* (190) constituyen una nueva versión de la leyenda de las *amazonas*, en la que únicamente se mantiene la segregación sexual como elemento distintivo, pero explicada por la falta de alimentos, que obliga a vivir separados a hombres y mujeres. En la *isla Macho* los hombres son cristianos y bautizados según la ley del Antiguo Testamento. Son pescadores y, como en el caso anterior, Marco Polo destaca la belleza, finura y calidad del ámbar que allí se produce por la abundancia de ballenas. Una vez al año, durante los meses de marzo a mayo se desplazan a la *isla Hembra*, trabajan las tierras y viven cada uno con su mujer y en su casa, de manera que el autor elimina cualquier indicio de promiscuidad. Vuelven a su isla el resto del año y se ocupan de los nacidos varones de estas uniones. La referencia a los pueblos de Gog y Magog se limita a una mera explicación onomástica en relación con la distribución de la provincia de Tenduc (en la actual Mongolia) (74), donde se localizan las tierras del Preste Juan. En Ung estaban los Gog y en Mongol los Tártaros, por eso los Tártaros son llamados a veces Mongoles.

Las noticias sobre habitantes de regiones visitadas o conocidas por Marco Polo son mucho más abundantes y ciertamente curiosas, por la novedad que entrañan. No aparecen demasiadas descripciones de retratos físicos de hombres y mujeres que vayan más allá de generalidades, como el color de la piel o la desnudez corporal. Algunas, sin embargo, arrancan sabrosos comentarios al autor o chocan con las costumbres oriundas de la civilización medieval. Los habitantes de la isla de Çanghibar (Zanzíbar) (193) son negros, fuertes y con mucho apetito. Van desnudos, pero cubren su naturaleza con un taparrabos, gesto que el viajero elogia: «Et ils font joliment bien, car ils l'ont très grosse, vilaine et même horrible à voir» (p. 484). La descripción de las mujeres negras refleja el perfil de la raza: tienen la boca grande, los ojos gruesos, prominentes, y la nariz ancha y corta. Son feas, afirmación que responde al paradigma estético medieval que valora positivamente el color blanco opuesto al negro, asociado a las tinieblas, al diablo y al mal. Lo más sobresaliente son sus pechos, cuatro veces mayores que los de otras mujeres, «ce qui est une fort laide chose à voir» (p. 485), porque se los echan hacia atrás de los hombros hasta los niños. El modelo estético representado por las mujeres de la provincia de Badascian (actualmente cerca de Tadyikistán) (47) llama poderosamente la atención del autor. Debido al inmenso frío reinante, todas las mujeres visten calzones hasta los pies como los hombres. Los hacen en algodón o en seda fina mezclada con almizcle. Los rellenan con sesenta, ochenta o cien brazas de tejido fino, según las posibilidades de cada dama, que enrollan alrededor del cuerpo como pañales. Así hacen ver que tienen recios muslos, porque cuanto más gruesas son de cintura para abajo, más gustan a los hombres. Las doncellas de Maabar (actual costa de Coromandel) (175) tienen la carne tan prieta que no se les puede pellizcar, pero a cambio de una moneda permiten hacerlo a cualquier hombre. Por eso tienen los senos firmes y prominentes.

Las creencias religiosas no son objeto de análisis pormenorizado. Marco Polo acompaña la presentación de los hombres de indicaciones generales: son idólatras, o son cristianos, o no creen en nada, desarrolladas únicamente en aquellos casos en los que están ligados a la leyenda milagrosa de un santo. Los religiosos de los monasterios de Campçio (Ganzhou) (62) viven más honestamente que otros idólatras, porque practican la abstinencia en algunos terrenos, por ejemplo en el de



la lujuria, aunque no la consideran un pecado grave, pues si una mujer les invita al amor, pueden acostarse con ella sin pecado, pero pecan cuando son ellos quienes toman la iniciativa. Marco Polo no duda en transmitir la admiración que siente por el pueblo tártaro, al que dedica algunos de los más extensos capítulos del libro (69-70). Los mongoles son monoteístas (70): creen en un Dios sublime y terrestre al que cada día sólo piden entendimiento y salud. En cada hogar hay un dios hecho con lienzo y fieltro, al que acompaña su mujer e hijos, porque creen que, como ellos, tiene una familia. Antes de comer, untan la boca del dios y de su familia primero con carne grasa, luego con caldo. Después toda la familia se dispone a comer.

Las variadas costumbres gastronómicas recogidas en el libro, a pesar de ser diferentes de las de la *ecúmene*, rara vez son desaprobadas por su autor (excepto, como se ha visto, las dietas antropofágicas). En el marco de la elogiosa y pormenorizada descripción de la ciudad de Quinsai (actual Hangzhou) (153), Marco Polo expresa su repugnancia por la alimentación de sus habitantes: se nutren de carne de caballos, de perros y de toda clase de bestias y animales «que nul chrétien ne mangerait pour rien au monde» (p. 363), subrayando el contraste entre dos civilizaciones representadas por sus respectivas religiones. A propósito de la rudeza y capacidad de soportar privaciones de los soldados tártaros (70) en tiempos de guerra, el veneciano reseña que para no perder tiempo en campaña o a falta de agua o vino, pinchan las venas de sus caballos para chupar su sangre. Relacionada, en parte, con los usos gastronómicos, Marco Polo recoge una divertida y picante costumbre de los habitantes de la Horda de Oro (220), grandes bebedores de cerveza. Hombres y mujeres se reúnen a beber en grandes compañías. Las mujeres no se ausentan para miccionar, lo hacen donde quieren asistidas por sus criadas que les deslizan una esponja. A continuación refiere la historia de una mujer que se inclinó para orinar, y a causa del frío reinante el vello púbico se le heló, produciéndole un intenso dolor. Su marido se dispuso a soplarle para calentar el hielo, pero el pelo de la barba se le quedó pegado al del pubis de su mujer, por lo que permanecieron así hasta que pasó gente y pudieron romper el hielo.

Dos provincias bastante alejadas geográficamente recogen sendas costumbres pintorescas relativas a la oscuridad. El Valle de la Oscuridad (noroeste de la Siberia septentrional y oriental) (229), así llamado porque en él reina la noche casi todo el año, es invadido frecuentemente por los tártaros para robar sus preciadas pieles. Para poder retornar en medio de las tinieblas, cabalgan sobre yeguas cuyos potros dejan en la frontera, vigilados por guardianes. Una vez que han obtenido todo lo que desean, aflojan las bridas de las yeguas, que, orientadas por sus relinchos, regresan junto a sus potros. En la ciudad de Camadi (cerca de Kerimabad) (36) sus habitantes los caraunas, mestizos de tártaros y de indias, son crueles, malvados y ladrones, crean con encantamientos la oscuridad, en la que se orientan sin dificultad, para sentirse al abrigo mientras realizan sus pillajes.

No cabe duda de que el comportamiento sexual o marital de las razas que habitan la periferia del mundo constituye uno de los mayores atractivos que ofrece este relato. La actitud represiva del cristianismo frente a cualquier manifestación sexual justifica la ausencia de estas informaciones en las enciclopedias medievales de autoría clerical. Por razones análogas, los relatos de los viajeros franciscanos y domi-

nicos eluden el tema, de manera que son los testimonios de autores laicos, como Marco Polo, los que demuestran un mayor interés por estas costumbres. La conducta de estos pueblos se modela a partir del procedimiento de inversión, de manera que entre ellos la poligamia sustituye a la unión monogámica, la promiscuidad sexual al orden, y la permisividad no se detiene ni siquiera ante el incesto. Son numerosas las razas poligámicas recogidas, desde tártaros hasta indios pasando por los chinos. Una vez más Marco Polo expresa su admiración hacia las mujeres tártaras por su castidad (69), que las mantiene siempre fieles a sus esposos, aunque éstos puedan llegar a tener hasta cien mujeres, en tanto que las cristianas, con un marido para cada una, son infieles. Los hombres tártaros no son promiscuos, y consideran siempre a la primera esposa y a sus hijos los más venerables. Son mujeres autosuficientes que no viven a expensas de sus maridos pues, además de ocuparse del hogar, comercian con los productos que fabrican, obteniendo pingües beneficios. En el reino de Coilum (Quilon, en el extremo sur de la costa de India) (181) sus habitantes de piel negra no conciben el pecado carnal ni el de lujuria: pueden tomar como esposa a cualquier mujer sin importar el parentesco, a la prima hermana, o incluso a la del padre o del hermano si están muertos.

El derecho del rey a ver y probar a toda muchacha casadera aparece en la región de Ciamba, en la India menor (163). Si la joven es de su agrado, la toma como esposa; si no, le da dinero para que pueda encontrar un varón. Marco Polo ilustra un episodio de poligamia con una historia sorprendente. El rey de la provincia de Maabar (175) tiene quinientas esposas. Tomó por la fuerza a la hermosa mujer de su hermano, pero éste, hombre prudente, lo sufrió sin desencadenar un conflicto. Cada vez que se soliviantaba, su madre le apaciguaba el ánimo mostrándole los pechos que le criaron, y amenazándole con cortarlos. De esta manera evitó la guerra entre los dos hermanos.

El sistema de selección de concubinas para el Gran Kan (82) sigue un complicado proceso, en el que intervienen varios jurados. Anualmente son seleccionadas cien doncellas entre las más hermosas de la tribu tártara de Ungrat. Varios jueces expertos en la materia examinan cada una de las partes de sus cuerpos, y las evalúan adjudicándoles 17, 18 ó 20 quilates en función de las preferencias estéticas del Kan. Trasladan a la corte a aquellas que han obtenido el número de quilates establecido por el Kan ese año, donde otro grupo de jueces las somete a un nuevo examen. Las elegidas pasan a manos de las viejas damas del palacio, que verifican su buen aliento, si roncan, huelen, son vírgenes o están sanas. Las que superan la prueba pasan a servir al Kan de seis en seis, en turnos de tres días.

La promiscuidad sexual despliega un amplio abanico que va desde la sexualidad desatada e incestuosa de los habitantes de Necuveran (islas Nicobar) (172), hasta el refinamiento en las costumbres de las cortesanas de Quinsai (153). Los primeros van completamente desnudos, copulan como perros en la calle o donde les apetece, padres con hijas, hijos con madres. Son objeto del más profundo desdén por parte del autor. Las segundas, por el contrario, merecen un encendido elogio. Son muy numerosas y se ubican no sólo en calles o estaciones asignadas de antemano, sino por toda la ciudad. Van muy perfumadas, con atavíos suntuosos y acompañadas por criadas. Sus casas están muy decoradas. Son muy hábiles para



adular y engatusar con palabras agradables adaptadas a cada tipo de personas. Los extranjeros que retozan con ellas se quedan extasiados, y hasta tal punto cautivados por su dulzura y encanto que no pueden olvidarlas jamás. Por eso, cuando regresan a sus casas dicen que han estado en Quinsai, es decir, la Ciudad del Cielo, y sólo piensan en volver.

La doncelléz está tan desprestigiada entre los hombres de la provincia de Tebet (parte occidental de Sechuán) (116) que ninguno quiere tomar como esposa a una virgen, porque creen que están mal vistas por los dioses. Marco Polo refiere su costumbre para casarlas con ánimo de divertir, porque la encuentra *plaisante* (291). Cuando llegan extranjeros, las viejas que tienen hijas casaderas las reúnen y se las entregan a los viajeros para que disfruten con ellas. Una vez satisfechos sus deseos, es usual entregarles una joya, anillo o baratija que las muchachas cuelgan de su cuello. Por eso las exhiben, ya que cuantas más lucen, más amantes demuestran haber tenido. Los padres las acogen con alegría y honor, felices de que hayan obtenido el mayor número de presentes. Sin embargo, las mujeres chinas de Catay (135) sobrepasan a las demás en pureza y recato. Para preservar su virginidad, andan muy despacio, sin que un pie sobrepase más de un dedo al otro «parce que les parties intimes d'une pucelle sont très souvent ouvertes si elle se conduit trop librement» (p. 330).

El concepto de honra de los hombres de la provincia de Camul (entre Dunhuang y Suchou) (59) constituye un claro exponente de la diferencia que separa a Marco Polo y su sistema de referencia de los otros. Acogen con hospitalidad a los extranjeros; les ceden sus casas, víveres, familia e incluso esposa e hijas, hasta el punto de que se trasladan a la casa de campo mientras dura su estancia. Desde allí, y previo pago, los abastecen de todo cuanto necesitan. «Et tous ceux de cette cité et province sont honnis à cause de leurs femmes. Mais, je vous le dis, ils n'en ressentent aucune honte!» (p. 145). El gran Kan abolió esta costumbre para preservar el honor de las mujeres de Camul, pero los hombres se entristecieron mucho porque, como consecuencia de la prohibición, disminuyeron los ingresos y el número de hijos en cada familia, y en sus casas se instaló la infelicidad, de manera que una delegación pidió al Kan que restableciera la costumbre de sus antepasados, lo que el Kan hizo resignado.

El Libro de Mandeville tuvo una enorme difusión en la Edad Media, de la que dan buena cuenta los doscientos cincuenta manuscritos conservados, que la crítica ha agrupado en tres grandes bloques atendiendo a la lengua utilizada y a su área de difusión: el insular o anglo-normando (Inglaterra), el continental, escrito en dialecto de la Isla de Francia y la versión de Lieja, compuesta en dialecto picardo, y caracterizada por presentar numerosas interpolaciones protagonizadas por el héroe Ogiero el Danés⁶¹. El debate sobre la identidad de Mandeville fluctúa entre su

⁶¹ C. DELUZ, *Le Livre de Jehan de Mandeville. Une «Géographie» au XIV^e. siècle*, Louvain-La-Neuve, Publications de l'Institut d'Études Médiévales, 1988, pp. 24-26. Una síntesis del estado de la cuestión en torno a la enigmática identidad de este personaje puede leerse en el cp. 1 (pp. 4-24) del mismo libro.



identificación con un caballero inglés natural de San Albán, o con un Mandeville médico de Lieja de origen borgoñón, oculto bajo el nombre de Juan el de la Barba.

Su libro se sitúa entre los relatos de viajes y las imágenes del mundo que intenta renovar. Las razas monstruosas de origen libresco conviven con pueblos asiáticos y africanos, retenidos por lo que presentan de excepcional. Coincide con Marco Polo en el interés por lo insólito, dejando de lado los gestos demasiados cotidianos, pero, a diferencia del veneciano, no utiliza casi nunca la primera persona, lo que objetiva e impersonaliza el discurso.

La isla es el espacio privilegiado en el que se localizan la mayoría de estos pueblos. Si bien es cierto que Mandeville se preocupa por trazar una cartografía del conjunto de la tierra, la insularidad, definida entre otros rasgos por el aislamiento, favorece la irrupción de lo maravilloso y multiplica las posibilidades de mostrar mundos diferentes. Desde Homero, la isla se presenta «como un lugar de misterio donde el viajero es capturado por una red de acontecimientos y de significaciones que escapan a la razón ordinaria»⁶². Como recuerda Acosta, la isla constituye el hábitat predilecto del hombre diferente⁶³.

La lista de razas monstruosas en Mandeville es mucho más crecida que la establecida por Marco Polo, lo que implica la reducción del espacio consagrado a otros pueblos extranjeros. La casi totalidad de aquéllas, salvo *pigmeos*, *amazonas* y *esciópodos*, habitan en multitud de islas diseminadas por el Mar Océano. Mandeville fragmenta la lista, cuyas fuentes bebe en Plinio⁶⁴, establecida por las enciclopedias y fijada por Vicente de Beauvais, y la ordena con arreglo a un itinerario difícil de establecer, pero cuyo punto de inflexión lo constituyen las tierras del Preste Juan. Sin ningún criterio aparente, se suceden los extraños habitantes de islas nominadas situadas antes del reino del Preste Juan, en tanto que las descritas después permanecen en el anonimato. En esta primera parte, el inglés mezcla los monstruos enciclopédicos con algunos pueblos cuyo aspecto físico no ofrece diferencias con el modelo etnocentrista, pero cuyas costumbres resultan chocantes. Los habitantes de la isla de Lamary (uno de los reinos de Sumatra)⁶⁵ van completamente desnudos, viven en un sistema comunitario, compartiendo todo, incluso las mujeres, porque no existe el matrimonio. De ahí que cuando una mujer tiene un hijo se lo da al hombre que prefiere. Mandeville justifica su desnudez a partir de la de Adán y Eva y califica de terrible su costumbre de comer niños que les traen los mercaderes: si están flacos los engordan, y si gordos los engullen inmediatamente.

⁶² L. BOIA, *Entre l'ange et la bête*, p. 35. Un recorrido rápido del tema de la isla desde la antigüedad hasta la Edad Media puede leerse en M^a. Jesús Lacarra y Juan Manuel Cacho Blecua, *Lo imaginario en la conquista de América*, Zaragoza, ed. Oroel, 1990, pp. 11-14.

⁶³ V. ACOSTA, *La humanidad prodigiosa*, t. II, p. 255.

⁶⁴ Ch. DELUZ, *op. cit.*, p. 407, anexo IV.2 sobre la localización y primera mención en Occidente de las razas monstruosas ofrecidas por Mandeville.

⁶⁵ *Los viajes de Sir John Mandeville*, edición y traducción de la versión inglesa de finales del s. XIV por Ana Pinto, Madrid, Cátedra, «Letras Universales», 2001, cp. 21.

El rey de Calanoch (Camboya)⁶⁶ tiene más de mil mujeres: una para cada día y sólo repite cuando alguna le gusta mucho (p. 1.410). En lo que respecta a costumbres funerarias, Mandeville recoge la de la isla de Caffo (p. 1.411), donde cuelgan a los amigos enfermos de un árbol, para que se los coman los pájaros del cielo, ángeles de Dios, mejor que los gusanos. Y en otra, cercana a la anterior, encierran a los enfermos en una habitación con perros amaestrados para que los devoren. Luego se comen a los perros como si fuera caza.

Los *cinocéfalos* se ubican en la isla de Nacumeran (p. 1.412). Mandeville los define como hombres y mujeres con cabeza de perro, dotados de inteligencia y de razón, lo que denota su humanidad, tanto como su adhesión a una religión: adoran a un buey, de oro y plata, que llevan sobre su frente. Suaviza su condición salvaje al proveerles de un pequeño paño que les cubre el sexo frente a la desnudez de su cuerpo, y limita su antropofagia en relación con una práctica bélica: comen a sus prisioneros de combate. Algo parecido sucede con los hombres salvajes de Tracorde, para los que la comunicación mediante signos suple la carencia de un lenguaje articulado (p. 1.412). La isla de Dondin agrupa al mayor contingente de razas monstruosas (p. 1.413), ya que se despliega en un archipiélago de reinos repartidos en otras tantas islas, que acogen a hombres cuya deformidad afecta casi en su totalidad a la morfología corporal, a lo que Mandeville añade alguna pincelada rápida sobre sus costumbres. La enumeración de las anomalías corporales sigue un orden descendente de la cabeza a los pies, y se limita a aquélla con sus órganos y a las extremidades inferiores. El criterio de la privación, de la totalidad o de una parte⁶⁷, predomina en el cráneo. Así se describen a los gigantes que poseen un solo ojo (*cíclopes*), y se alimentan de carne y pescado crudos; a los que carecen de cabeza (*acéfalos*) y que tienen la boca en los hombros y la boca torcida como una herradura en medio del pecho (*blemias*); otros descabezados tienen la boca y los ojos detrás de los hombros (variante de los *blemias*); hay hombres con la cara plana, que carecen de nariz y de ojos, sustituidos por dos agujeritos y con una hendidura en lugar de boca (*astomori*). La hipertrofia de un órgano⁶⁸ aparece con los hombres cuyo labio superior es tan grande que les sirve para cubrirse la cara cuando duermen al sol. *Hombres enanos* con un agujero en lugar de boca: comen o beben con un tubito de plomo o de plata (variante de los *astomori*), no hablan porque carecen de lengua, pero se entienden por signos. Los hombres con pies de caballos (*himantopodos*) pertenecen a la categoría de los híbridos; son tan veloces que atrapan a las bestias salvajes a la carrera y luego se las comen. Próximos al grupo anterior están los hombres que caminan con

⁶⁶ Todas las referencias al libro de Mandeville están tomadas de la versión de Lieja establecida por Christiane Deluz en *Croisades et Pèlerinages. Récits, chroniques et voyages en terre sainte (XII^e-XV^e siècle)*. Édition établie sous la direction de Danielle Régnier-Bohler, París, Robert Laffont, 1997, pp. 1.393-1.435. He completado algunas lagunas con la edición de Ana Pinto, citada en la nota anterior, y lo señalo expresamente en el texto.

⁶⁷ Aislado ya por san Isidoro; véase nota 10.

⁶⁸ C. KAPPLER, *op. cit.*, p. 125.



las manos y piernas como monos (*artabatitas*): trepan a los árboles con mucha facilidad. Los *hermafroditas* ilustran la mezcla de sexos: son a la vez hombres y mujeres. En un lado tienen un seno y nada en el otro y disfrutan de un sexo de hombre y de mujer que utilizan indistintamente. La relación concluye con los hombres que andan de rodillas y tienen ocho dedos en cada pie (multiplicación de órganos). La única raza que escapa a las anomalías morfológicas para detenerse en un elemento de costumbres precede a las demás. Se trata de gentes de naturaleza extraña, que comen a sus enfermos desahuciados tras la consulta a sus ídolos⁶⁹.

Dentro del marco isleño, pero tras el paso por las tierras del Preste Juan, por lo tanto en el tramo final del viaje mandevilliano, se localizan los restantes pueblos monstruosos de origen enciclopédico, mezclados, como en el caso anterior, con poblaciones autóctonas. Desfilan las mujeres con piedras preciosas en los ojos y que matan con la mirada (Pinto cp. 32); los *brahmanes* o *gimnosofistas* en la isla que lleva su nombre (Pinto, cp. 33); en la isla de Pitán (p. 1.428) *enanos*, faltos de razón, que viven del olor de las manzanas salvajes; los pilosos *anfíbios* comedores de carne y pescado crudos, que andan sobre el agua como si fuera tierra (p. 1.428), y finalmente los *longevos*, que viven más de cuatrocientos o quinientos años gracias al bálsamo auténtico extraído de los árboles del Sol y de la Luna, que anunciaron su muerte a Alejandro. Junto a ellos, da cuenta de las mujeres que lloran en los nacimientos y ríen en las muertes, o se arrojan a las piras funerarias de sus maridos para purificarse (Pinto cp. 32). Los *cadeberiz* o *desvirgadores* de profesión yacen con la novia en la noche de bodas, oficio que se retribuye bien y se agradece mucho por el peligro mortal que encierra el acto de desfloración (Pinto cp. 32)⁷⁰.

Amazonas, *pigmeos* y el pueblo de Gog y Magog se localizan en el continente asiático. Las mujeres guerreras (Pinto cp. 18) son descritas de acuerdo con la tradición de san Isidoro, Brunetto Latini y Vicente de Beauvais: origen del pueblo en relación con la guerra contra los escitas; evocación del reino como una isla y separación de sexos tras el parto. Mandeville introduce algunos matices en lo que se refiere a la mutilación del pecho. Si la niña pertenece a un linaje social alto le quemar el izquierdo para que lleve mejor el escudo, y si es de estirpe baja el derecho para que dispare mejor el arco. Mandeville añade que acuden como mercenarias en ayuda de los pueblos vecinos, a cambio de oro y plata.

Los *pigmeos* constituyen una de las razas más remotas y citadas por los autores antiguos desde Homero, Herodoto y Plinio. Habitan entre Mancy (China meridional) y Catay (China septentrional) (p. 1.416). Se caracterizan por su baja estatura, pese a lo cual son bellos y graciosos. Son excelentes artesanos, hábiles en el

⁶⁹ Marco Polo, como se ha visto más arriba, recoge esta misma práctica en el reino de Dagroian (169). Aparece en la *Imago mundi* de Honorio de Autun. Véase V. ACOSTA, *La humanidad prodigiosa*, t. II, p. 275.

⁷⁰ Éste es uno de los escasos relatos picantes que ofrece Mandeville, rasgo que, como recuerda Acosta, le diferencia de Marco Polo. V. ACOSTA, *Viajeros y maravillas*, 3 vol., Caracas, Monte Ávila Latinoamericana, 1992, t. III, p. 241.

trabajo del oro, seda y algodón, pero no cultivan la tierra, para lo que disponen de hombres de nuestra talla. Su tamaño determina su ciclo vital y su esperanza de vida: se casan a los seis meses, procrean a los dos años y no viven más de seis o siete. No podía faltar, conforme a la tradición, la referencia a sus luchas con las grullas, a las que se comen.

El pueblo de Gog y Magog (Pinto cp. 30) reúne en su descripción elementos escatológicos procedentes de la Biblia, con otros ligados a la leyenda de Alejandro. Recluidos por el macedonio tras las montes Caspios en el Asia central, son vasallos de la reina de las *amazonas*, quien los somete a vigilancia para que no puedan salir de sus confines. Regresarán en tiempos del Anticristo para realizar una gran matanza de cristianos.

Así pues, los libros de viajes ofrecen una perspectiva más completa del «otro», de una concepción del ser humano que armoniza la presentación de monstruos de corte enciclopédico con la visión que del extranjero africano, y especialmente del asiático, difundieron los testimonios de viajeros reales o imaginarios.

6. CONCLUSIÓN

La imagen del «otro» fluctúa entre los rasgos que remiten a la *bestialidad*, a la *mutilación* o a la *feminidad terrible*, es decir, a los arquetipos que expresan los temores ancestrales del hombre a la muerte y al paso del tiempo, y los humanos referidos a los habitantes de países lejanos. Dicha imagen conjuga, por lo tanto, lo real y lo imaginario. Los monstruos enciclopédicos, tal como se presentan en las enciclopedias o los textos de ficción medievales, interesan mucho más por las deformidades físicas que por las costumbres, haciendo realidad muchas de las anomalías que le pueden suceder al cuerpo del hombre. Los pueblos descubiertos por los viajeros exhiben, por su parte, creencias religiosas, sistemas sociales, o políticos, hábitos gastronómicos o prácticas sexuales que, a partir del principio de la inversión, evocan mitos, ideales o sueños del hombre, como el país de Jauja, la longevidad, la libertad sexual o la utopía. Las representaciones medievales de la alteridad, más allá de su variedad, ilustran la búsqueda del hombre de la seguridad, y por lo tanto de la felicidad, domesticando lo desconocido y lo inalcanzable.



ANEXO

LISTA DE MONSTRUOS DE THOMAS DE CANTIMPRÉ, *DE NATURIS RERUM*. L. III⁷¹:

1. Amazonas. Mujeres insulares, que ven a su marido una vez al año. Tienen con ellas a sus hijas, y entregan los hijos al marido.
2. Oxidracas (Gimnosofistas). Sabios desnudos.
3. Brahmanes. Sabios que han presentido a Cristo.
4. Hombres que se suicidan con fuego.
5. Hombres que matan a sus padres muy viejos y hacen con ellos festines.
6. Gigantes. Hombres más altos que elefantes.
7. Enanos. Hombres que apenas llegan a un codo.
8. Mujeres que engendran viejos que rejuvenecen con los años.
9. Mujeres que engendran cada cinco años niños que viven ocho años.
10. Pirolopus. Hombres que comen pescado y beben agua de mar.
11. Hombres con las manos del revés, con ocho dedos.
12. Antípodas. Hombres con los pies del revés.
13. Cinocéfalos. Hombres con cabeza de perro.
14. Arpeleüs. Hombres con boca pequeña, que se alimentan con una paja.
15. Antropófagos.
16. Arismapi (Cíclopes, Agriofagos).
17. Esciópodos. Hombres con un pie que sirve de sombrilla en el desierto.
18. Epífagos. Hombres sin cabeza, con la cabeza en el pecho.
19. Hombres que viven de olores.
20. Hombres con seis manos.
21. Mujeres fluviales.
22. Mujeres peludas.
23. Hombres salvajes. Anfibios.
24. Hombres grandes, peludos, que mugen.
25. Mujeres fluviales con dientes de perro. Son blancas y muy hermosas.
26. Pigmeos.

⁷¹ B. ROY, *op. cit.*, pp. 73-74.



27. Hombres cornudos que ladran.
28. Mujeres que engendran sapos.
29. Mujeres con una gran garganta.
30. Ducars. Hombres enanos y jorobados.
31. (Herencia de los monstruos).
32. Hombres salvajes.
33. Hermafroditas.
34. Cumanos. Comen carne cruda y sangre de caballo.
35. Cíclopes.
36. La mujer gigante vestida de púrpura.
37. Hércules.
38. Hombres con los ojos relucientes.
39. Hombres que comen carne cruda y miel.
40. Epistigos (Blemias).
41. Hombres con dos caras.
42. El Coloso.

